

María del Carmen GARCÍA HERRERO, *Los jóvenes en la Baja Edad Media. Estudios y testimonios*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico y Excma. Diputación de Zaragoza, 2018, 434 pp., ISBN 978-84-9911-475-0

Fecha de recepción: 07/05/2018

Fecha de aprobación: 28/05/2018

Desde hace varios años los distintos grupos y actores sociales del pasado van recuperando sus historias. Gracias al trabajo en archivos de los investigadores, es posible conocer las trayectorias vitales de jóvenes, mujeres, hombres, niños, ancianos tanto de nombres conocidos como anónimos hasta hoy. Pero no hacen falta solamente unos ojos que sepan buscar y leer en la documentación de época sino, fundamentalmente, una cabeza que reflexione y piense y unas manos que sepan escribir esas historias y dar vida, de esta forma, a aquellos lejanos tiempos medievales. Y de todo esto María del Carmen García Herrero es una verdadera “artesana de vida”.

Como “artesana de vida” Carmina García Herrero desarrolla su actividad investigadora y docente en la Universidad de Zaragoza (España), institución en la que es catedrática de Historia Medieval. En los últimos años ha dirigido, como investigadora principal, cuatro proyectos de Investigación, Desarrollo e Innovación (I+D+I) del gobierno español. Forma parte del Grupo de Investigación consolidado

Centro de Estudios Medievales de Aragón (CEMA). Su indagación como historiadora se centra en el análisis y comprensión de las sociedades y culturas medievales y en la historia de las mujeres así como en el desciframiento de los contenidos socioculturales de las últimas etapas de la vida y, en esta oportunidad, la mirada está focalizada en la juventud como etapa vital, en general y en los varones jóvenes, en particular.

La obra comienza con un estado del arte en relación a la juventud, en el que analiza los autores y las propuestas analítica anteriores a su obra, señalando caminos abiertos, discusiones vigentes y lagunas en la investigación. Se trata de “Mocedades diversas: hacia un estudio de la juventud en la Baja Edad Media” (pp. 19-50). Y con este plural subraya algo que no siempre es tenido en cuenta

“que en un mismo lugar y tiempo coexistieron muchas juventudes. Así, por ejemplo, en el Reino de Aragón, en la Baja Edad Media, no fue igual, ni siquiera parecida, la vida de una doncella perteneciente a una familia del patriciado urbano zaragozano, que la existencia de un muchacho de familia humilde del mundo rural turolense. Aún más, dentro

del mismo grupo social y en idéntico tiempo y marco espacial, el hecho de haber nacido hombre o mujer conllevaba diferentes perspectivas, esperanzas, deseos y obligaciones que prefiguraban, de entrada, itinerarios vitales distintos con objetivos y funciones diversas” (p. 23).

Tampoco resulta tarea sencilla establecer el cómputo de edades que abarca esta juventud, dado que las fuentes son amplias y poco precisas. No obstante, es necesario establecerlas, dado que de ellas depende, por ejemplo, la suerte de un mozo en un juicio o de una doncella antes de contraer matrimonio.

Los dos ejemplos que analiza sobre los jóvenes en la iconografía medieval resultan por demás ilustrativos, tanto en relación con la vitalidad de los muchachos como a la valía de la autora en tanto historiadora, que ella misma inscribe en la tradición del “paradigma indiciario” propuesto por Carlo Ginzburg.

En “Una fiesta juvenil de primavera en la techumbre mudéjar de la catedral de Teruel. Propuesta de lectura” (pp. 259-281), luego de exponer las dificultades de los abordajes historiográficos que analizan una techumbre destruida por la guerra y reconstruida malamente después, toma partido en la discusión, considerando que a pesar de lo dicho por otros especialistas, “en la polémica escena... el rey de la juventud está presidiendo una idealizada fiesta de primavera” (p. 281).

Por su parte, en “El banquete de Herodes y Herodías de Pedro García de Benabarre. Disimetría visual y sonora” (pp. 283-295), ante las discusiones relativas a esta tabla -compuesta hacia 1470 primero para una iglesia en Lérida, luego emplazada en Benavente y en la actualidad en el Museo Nacional de Arte de Cataluña, se decanta y considera que el autor “nos legó el único ‘retrato’ colectivo de una asociación de jóvenes varones con su músico que ha sido localizado hasta la fecha en el gótico hispánico” (p. 290). Lo que no es un tema menor, sino todo lo contrario, dado que García Herrero está preocupada por recoger y dar identidad a estos colectivos de jóvenes.

Colectivos de jóvenes que son presentados con fundamento y claridad en “Asociación de jóvenes en el mundo rural aragonés” (pp. 151-209). Presentes en la documentación aragonesa referida al mundo rural de los siglos XIV a XVI, estas asociaciones fueron conocidas como compañías, mancebías, juegos, reales, condados. “Estos marcos asociativos no sólo fueron aceptados, sino también fomentados y tutelados por las autoridades municipales, y tuvieron, entre otras, la finalidad de evitar que los mozos del lugar estuviesen ociosos, campasen a sus anchas y actuasen desordenadamente” (p. 160).

Los jóvenes son necesarios y están presentes, aun siendo un peligro real y latente para el conjunto social, dado el

comportamiento errático e irreflexivo que ponen de manifiesto y queda asociado con todo tipo de tropelías, injurias, perturbaciones y desmanes, vinculados con los juegos de azar, la embriaguez y lujuria tal como aborda colectivamente en “Vulnerables y temidos: los varones jóvenes como grupo de riesgo para el pecado y el delito en la Baja Edad Media” (pp. 113-148). Doña María de Castilla registra en su correspondencia, custodiada en los Registros de Cancillería Real del Archivo de la Corona de Aragón que la presencia de los jóvenes generaba preocupaciones en ocasión de la promoción de los matrimonios concertados en “Los varones jóvenes en la correspondencia de doña María de Castilla, reina de Aragón” (pp. 211-243). Según se desprende de la lectura de estas cartas, doña María consideraba a la juventud “como etapa vital abierta, flexible y moldeable. Una edad que, a diferencia de la madurez avanzada o la vejez, aún admite influencias idóneas y en la que, por tanto, cabe la intervención y la esperanza: todavía se pueden enderezar las conductas inadecuadas” (p. 212). Y esto se logra amonestando, dando el ejemplo, ofreciendo posibilidades de ascenso social. Resulta muy ilustrativo repasar en paralelo las obras de la época dedicadas a la educación de niños y jóvenes, ya que no todas tienen esta mirada esperanzadora, dado que un buen cristiano, decían, no

podía molestar a las huérfanas y a las viudas y lo hacían, sin importar el rango social de las mujeres molestadas o de los hombres molestos.

Los desórdenes de la juventud son abordados aquí en relación a los matrimonios clandestinos, tema del que la autora es reconocida especialista y que expone en “Hijas rebeldes, padres airados. Matrimonios clandestinos a finales del Medievo zaragozano” (pp. 245-256). En esta oportunidad, focaliza en los alcances más crueles de la condena de estos matrimonios, que llegan incluso a imponer, a los jurados de Zaragoza, la pena de muerte como medida ejemplar.

Ejemplar debe ser el comportamiento de estos jóvenes, en particular si se trata de mozos nobles, que dedican gran parte de su vida a estudiar y a aprender cómo ser buenos nobles. De esto da cuenta García Herrero en “La educación de los nobles en la obra de don Juan Manuel” (pp. 53-111). Desfilan aquí virtudes, valores, cualidades y experticias que se esperan de ellos, tanto en la esfera privada como pública, en los ámbitos laicos como religiosos. Un buen noble debe cuidar tanto el cuerpo como el alma, dado que debe servir a los suyos militarmente y amar y temer a Dios por sobre todas las cosas.

Buen intento modélico el de don Juan Manuel, que los registros estudiados

por la autora ponen en entredicho en muchas oportunidades y ocasiones, como puede leerse en la selección documental referida a los desmanes en el carnaval de Huesca (pp. 387-388, pp.400-401) o el secuestro de una doncella en la ciudad de Zaragoza (pp. 388-393). Señalo esto, simplemente, a modo ilustrativo.

Resulta sumamente interesante observar la vida festiva de los jóvenes, que son contratados, muchas veces, para amenizar los domingos y fiestas, a modo de juglares, tal como el caso de Mahoma el Marrueco, recogido en varias páginas de este libro y que demuestran la vía abierta de los estudios sensoriales en relación a las mocedades diversas aquí analizadas: colores, sonidos, ruidos, olores, entrecruzamiento de cuerpos, palabras permitidas y vedadas, música y danza acompañan el recorrido analítico propuesto por la autora y que bien podrían re-escribirse teniendo en cuenta su

registro como verdaderas “marcas sensoriales”.

En síntesis, estamos ante una “buena historia” en el sentido manuelino del término (p. 109): ilustrativa y reflexiva, rica en ejemplos y justificada, sobradamente, en una abundante y actualizada bibliografía, así como en una vastísima y muy variada utilización de fuentes, tanto éditas —literarias, médicas sinodales, catequéticas, iconográficas— y, en especial, inéditas, de extraordinario interés, provenientes de diferentes archivos del ámbito aragonés. Todo acompañado con una selección documental que permite seguir a estos jóvenes y pensar en otros caminos así como por índices de personas y lugares, a cargo de Indalecio Gellida Zaera, verdadero experto en estas lides.

Gerardo Rodríguez

Universidad Nacional de Mar del Plata